

BIBLIOGRAFIA

Rodolfo Mondolfo, por DIEGO F. PRÓ. Losada. 1968. 231 p.

El profesor Diego F. Pró —de la Universidad de Mendoza— ofreció el año pasado el primer tomo de su obra destinada a exponer el pensamiento de Rodolfo Mondolfo a través de su caudalosa bibliografía, testimonio de una labor continuada cuyos comienzos pueden fijarse aproximadamente en 1899. En 1966 apareció en México, su “Heráclito”, con el cual culminan —por ahora— 70 años de profundas especulaciones filosóficas empezados en Italia y proseguidos en la Argentina.

El primer tomo de la obra de Pró abarcaba la producción de Mondolfo consagrada a la filosofía clásica y renacentista. Este segundo tomo va referido a otra vertiente de las preocupaciones críticas del maestro italiano, a la de su análisis del marxismo y a otros enfoques sobre problemas referidos al desarrollo de la filosofía política en Italia durante el siglo XIX, a la presencia de Feuerbach en el desarrollo de la cultura y la filosofía de la *praxis*; a la filosofía de la educación, de la cultura, del humanismo, de donde surge implícita y explícita la posición filosófica del propio Mondolfo.

Paso a paso, con metódica exposición descriptiva o analítica, el profesor Pró va siguiendo las huellas del maestro y da una imagen cabal de su personalidad humana e intelectual. Pues ambos volúmenes son una biografía de Mondolfo contemplada con sentido integral, biografía del hombre y de su obra, ambas penetradas por una admirable coherencia, atributo de auténtico magisterio.

Este segundo tomo concluye con una bibliografía completa de los escritos de Mondolfo, la cual será incompleta dentro de poco, pues el maestro, que ha superado ya los 90 años de vida, continúa dando muestras de su fecunda laboriosidad intelectual.

Pró llega a la conclusión de que “la filosofía y las ideas de Mondolfo son las de un humanista. En primer lugar porque el tema central de todas sus investigaciones han sido siempre el hombre, sus actividades, ideas, acciones y creaciones. En nuestro autor no aparecen preocupaciones y trabajos de interés cosmológico o investigaciones acerca de la naturaleza. Basta recordar en este sentido los títulos de sus libros, en-

sayos y artículos, desde los más antiguos, de comienzos de siglo, hasta los más recientes”.

El mismo Mondolfo —cita de Pró— ha escrito que el tema del hombre “ha estado, está y estará siempre presente en el pensamiento de los hombres como consecuencia natural y necesaria del hecho de que el interés primordial y el problema más inmediato para el sujeto humano está constituido por el hombre mismo”. Esta premisa es foco de luz que se proyecta sobre todo el campo de la reflexión humanista del maestro iluminando la totalidad de su obra en los diversos temas y problemas que abarcan su interés crítico.

En síntesis, Mondolfo es una presencia viva incorporada ya a la historia de la cultura occidental y, desde luego, de la cultura argentina en cuyo ámbito ha desarrollado gran parte de su tarea también desde la cátedra en las Universidades de Córdoba y Tucumán como desde centros no menos académicos de Buenos Aires o La Plata, dejando una Estela vibrante de discípulos y gratos recuerdos que se perpetúan, ahora, en el coloquio amistoso que el filósofo cultiva con afectuosa regularidad.

La obra de Pró documenta esta circunstancia y lleva de la mano al lector interesado en transitar por la obra de Mondolfo, despertándole así el deseo de conocerla, luego, a través de la lectura directa de su producción múltiple y cuantiosa.

Luis Di Filippo

Poesías, por BARTOLOMÉ VERCELLI.

Bartolomé Vercelli comenzó a publicar sus primeros versos en 1932, en su ciudad natal: Gálvez. Desde entonces su producción no conoció la pausa. Diarios y revistas del país recogieron sus poemas con regular asiduidad.

No obstante ese incesante quehacer literario, no publicó ningún libro hasta hoy, que lo hace con “Poesías”, un volumen de un centenar de apretadas páginas.

No se trata de un libro antológico, sino de una muestra de sus trabajos últimos. Durante su larga comunión con las letras, Vercelli no se ha limitado a hacer poesías, sino cantarle al hombre y su mundo. Es decir al hombre como centro de gravedad de los grandes y pequeños dramas que lo envuelven.

Sin llegar a las corrientes modernas, su evolución ha sido constante. Ninguna escuela le fue desconocida, pero se mantuvo fiel a su hu-

manismo realista. Poeta intuitivo, canta en forma natural y espontánea, como podría hacerlo un árbol o un río. Y si bien es cierto que su canto no tiene el glotismo gráfico de Apollinaire o el simbolismo surrealista de Mellecier, tiene en cambio, el contenido humanista que trasciende al mundo circundante.

Para esos auténticos hacedores, no hay recursos literarios ni metafóricas sutiles. Las imágenes son espontáneas, sin rebuscamientos. Han nacido para decir las cosas con belleza y claridad. La inspiración de esos poetas se parece al agua de un río que traduce con naturalidad los accidentes sonoros del camino. Basta para corroborar lo dicho esa breve imagen labrantía:

El común reniego
de este olor a leño quemado
que llena
y precisa los quehaceres del campo.

Montado sobre caballo de acero,
con las bridas del rugir cotidiano,
desde la aurora
hasta el ocaso.

El mismo color de las cosas
de invierno a verano,
los días del mundo
y el sol desangrado de las manos.

La mesa tendida,
(siempre a horario)
y el agua y el vino
que rebalsan del cántaro.

Lázaro Flury

The Biotic World and Man, por MILNE, L. J. and M. MILNE.
Tercera edición 1965. 665 pp. 638 il. Prentice-Hall, New
Jersey, U. S. A.

La obra analiza en forma integral la interacción, voluntaria e involuntaria, del hombre dentro del mundo biológico, todo lo cual se encuentra comprendido en 31 capítulos, algunos de ellos especialmente interesantes por la información moderna que aportan, o por su valor didáctico.

Por ejemplo, el capítulo 2, analiza el método a aplicar en los estudios biológicos.

En el 3, al analizar el nombre de los animales y plantas, comprende el sistema binominal de Linneo, como también los planos de

categorías, y al final los "phyla" de los reinos Vegetal y Animal, según la escuela estadounidense.

Particularmente moderno es el 4, con la estructura de la célula y el progreso de su conocimiento desde van Leeuwenhoek hasta el microscopio electrónico.

Un buen tratamiento de los Cordados (morfología, anatomía, fisiología, clasificación) se encuentra en los capítulos 6, 7, 8, 9, 10 y 11, comprendiendo 118 pp.

Otros animales multicelulares se tratan en los capítulos 12 (Equinodermos), 13 (Moluscos), 14 (Artrópodos), 15 (gusanos segmentados) y 16 (no segmentados), en el 17 (Celenterados y Espongiarios) comprendiendo un total de 54 pp.

El capítulo sobre energía (18) incluye las últimas informaciones sobre los alimentos, metabolismo, respiración.

Los unicelulares (19) comprende todos los organismos animales y vegetales simples, incluyendo los últimos estudios en virus.

Continuando con la vida vegetal, el capítulo 20 trata de la Talófitas multicelulares. Luego las Briófitas (21) son tratadas como la aventura de las plantas en su incursión fuera del agua, adaptándose al nuevo medio y como el eslabón básico para llegar a las plantas vasculares (22), tratando más que su sistemática, su anatomía y fisiología.

El capítulo 23 comprende, a nivel celular, el crecimiento, la diferenciación, el cáncer y la muerte. El capítulo 24, a nivel tisular, trata las hormonas, la formación de raíces, tropismos, vernalización, y en los animales (25) la morfogénesis. La reproducción, mendelismo, genética, inseminación, se encuentran en el 26.

Muy interesantes los capítulos 27, 28 y 30, que se refieren a la multiplicación y adaptación de los animales y las plantas, y a la sociología de los componentes de estos dos reinos, a la Paleontología y a la evolución, en 152 pp.

La obra termina tratando la interacción del hombre actual en la naturaleza, su aprovechamiento (en un cuadro el origen de las plantas útiles), su influencia negativa, las enfermedades infecciosas, etc.

La obra está esmeradamente impresa, siendo particularmente ponderable, la claridad y concisión de cada capítulo, siempre ampliados con gráficos y fotografías originales.

Cada capítulo cuenta con una breve bibliografía actual, como ecología sugerida, finalizando con una serie de preguntas para la revisión del tema, de útil aplicación para los docentes.

Un índice de materias, de 14 pp. facilita el manejo de la obra.

Juan Manuel Jozami

Introducción a la Psicología, por E. R. HILGARD. Traducción: L. Echevarría Rivera. Editorial: Morata, Madrid, 1ª edición, 1966, 547 págs.

El libro comienza analizando la definición de psicología desde el punto de vista de diversas escuelas.

Para Hilgard la psicología se ocupa del estudio de la conducta, considerando a ésta como "la respuesta del organismo vivo en la situación en que está". Pero no como mero conjunto de movimientos físicos (músculos, glándulas, nervios), sino como movimiento físico del organismo vivo mediante el cual éste responde a la situación; es decir como movimiento físico pero elaborado por un organismo vivo con significación de respuesta al medio.

Este enfoque de la conducta lleva al autor a examinar e integrar aportes de las escuelas behaviorista experimental con una perspectiva filosófica de la psicología.

El autor presenta dos modos de explicación de la conducta: evolutivo e interactivo. El primero subraya las raíces históricas de la conducta presente (maduración y experiencias anteriores), y el segundo pone el acento sobre lo que sucede aquí y ahora. El enfoque, con su distinción interactiva-evolutiva, permite reorganizar datos y enriquecer los análisis.

El contenido del libro es coherente con la actitud del autor.

En primer término estudia el "organismo operante" (con aportes muy actualizados sobre conocimientos de genética y sistema nervioso), luego dedica dos capítulos al crecimiento y desarrollo. Aquí analiza los dos principios que se ponen de manifiesto al estudiar el desarrollo humano. Son ellos el de la maduración según características dadas (heredadas), y el aprendizaje, según las influencias de la vida social, por el cual deviene "persona cívica".

En busca de las raíces de la conducta estudia la motivación y la emoción. Lo hace en forma conjunta por considerar que están íntimamente relacionadas, ya que "la excitación de la actividad altamente motivada tiene una matriz emocional".

En el capítulo dedicado a la percepción se presentan problemas interesantes acerca de sus bases sensoriales, así como a raíz de críticas actualizadas.

La última parte del libro integra los temas anteriores en el del aprendizaje que interesa mucho al autor. Expone claramente acerca de tipos de aprendizaje, experiencias, recuerdo, y sobre todo el problema de la transferencia. Dos temas de esta sección son realmente úti-

les. El que se refiere al aprendizaje programado y el que establece las relaciones entre aprendizaje y pensamiento.

Los temas y enfoques hacen que este libro sea sumamente interesante para quienes se dedican a la docencia, aún cuando no se trate del dictado de materia estrictamente sicopedagógica. Asimismo las sugerencias para lecturas ampliatorias, son oportunas y actualizadas.

Diomira Carrara

Cuentos de la Patria Grande, por VÍCTOR J. FLURY. Buenos Aires. Editorial Sudestada, 1968, 79 p.

Se trata de cinco narraciones que tienen como tónica el revisionismo histórico, un revisionismo sin fanatismo que, al humanizar a ciertos personajes o momentos pintados de negro por la historia oficial, sutilmente siembra la duda en el lector. Flury maneja la metáfora con habilidad y los finales de sus cuentos son esquivos, llenos de sugerencias. Con la sola excepción de "Calaucha", que presenta la antinomia valentía-cobardía a través de un relato de montoneros que ilustran unas coplas, los restantes trabajos tienen como protagonistas a figuras y situaciones identificadas con nombres propios de gravitación: Juan Manuel de Rosas —"El retorno del Brigadier"— en el crucial momento de su derrota, acompañado de su edecán, con el cual conversa sobre temas trascendentes, personaje este último que reaparece en la segunda parte del relato para morir ante el pelotón de fusilamiento, víctima de una abortada aventura retornista; Julio A. Roca —"El Zorro"— es visto por Flury en un trágico error que le cuesta la vida a un paisano leal tomado por espía; Hipólito Irigoyen, preso en Martín García —"La Isla"—, vive la tortura de la soledad; y, por último, un episodio de las luchas de setiembre de 1955, recreado en "Los fuegos del 55".

Este tipo de literatura nos inquieta a los argentinos, que, por un lado, no estamos acostumbrados o educados a juzgar por nosotros mismos, y por otro, casi siempre tropezamos con autores jugadores de antemano, a priori, por uno de los bandos en pugna, que a través de su relato —se trate de historiadores o novelistas— desean probar la verdad de sus posiciones. Naturalmente que es difícil la objetividad y la construcción y accionar de personajes por los que no se siente simpatía. Sin embargo, las grandes obras de este carácter son aquéllas en las que sus autores se sustrajeron al afán de probar una tesis, para dejar que la verdad surgiera de la confrontación, del cotejo de acier-

tos y errores repartidos por igual entre los unos y los otros, no del enfrentamiento de supuestos réprobos y elegidos.

Victor J. Flury, sin duda, sabe muy bien esto. Posee, por otra parte, los medios formales para alcanzar una obra de jerarquía, ya que sabe narrar y lo hace con un lenguaje rico en imágenes, que gana al lector. No sabemos si reincidirá en este tipo de literatura polémica, que de algún modo ha sido una constante de ciertos escritores jóvenes de la Argentina y quizás de Latinoamérica, países todos de convulsionado pasado —cuando no también presente—, cuyos destinos preocupan a la juventud que vuelve sus ojos al ayer en busca de los motivos, de las causas de esos conflictos de inmadurez que traban el desarrollo de nuestra América en los más diversos órdenes.

Edgardo A. Pesante

Sus mejores cuentos, por JAVIER DE VIANA. Buenos Aires, Losada, 1969. 244 págs.

Fue Javier de Viana el más prolífico narrador uruguayo de finales de siglo XIX y las dos primeras décadas de la actual centuria. Adscrito al naturalismo literario francés quizás con mayor ortodoxia que sus propios creadores, su producción se divide en dos épocas claramente diferenciables. La primera se cierra en 1904, cuando, por razones políticas, el autor sufre una bancarrota económica de la cual nunca se recuperará y se ve precisado a ganarse la vida escribiendo cuentos cortos para las revistas de Buenos Aires. Hasta entonces, es decir, hasta más o menos los treinta y cinco años, Javier de Viana había escrito cuentos largos, de técnica irreprochable, en los que el campo uruguayo y sus habitantes aparecen retratados con visión naturalista. Su habilidad narrativa parece innata y se acrecienta cuando son los propios personajes quienes cuentan las historias —por lo menos fragmentariamente—. Era un profundo conocedor de los personajes y ambientes que describía, pues hasta los once años vivió en la estancia de sus padres y recién a esa edad fue enviado a la ciudad para aprender las primeras letras. Cinco años después —poniendo de manifiesto su clara inteligencia— egresa como bachiller en ciencias y letras. Según él mismo lo declara en una página biográfica que incluye el volumen que comentamos, fue “hacendado, criador de vacas y de ovejas, tropero y hasta contrabandista; revolucionario, muchas veces candidato a diputado al congreso”, pero, según lo expresa más adelante, fue “ante todo y sobre todo, periodista, en mi país y fuera de mi país”. Declara, asimismo, en la

misma página, haber compuesto y publicado veinte volúmenes de novelas y cuentos y dado al teatro once actos. Irónicamente finaliza el párrafo: "De manera que mis pecados literarios son múltiples, aunque con el atenuante —a mi parecer, considerable— de no haber escrito nunca versos".

Arturo Sergio Visca, autor de un interesante y extenso prólogo, seleccionó siete cuentos de la primera época de Javier de Viana, la mayoría de ellos tomados de "Campo", su primer libro, de 1896, y veintidós narraciones breves extraídas de tres libros aparecidos entre 1910 y 1912, con preferencia por el primero, titulado "Macachines". La diferencia entre una y otra época del autor es evidente, y va mucho más allá de la extensión de los trabajos, que se reduce a tres o cuatro páginas en el segundo período, por imperio de su destino periodístico. Si bien en los cuentos breves Viana renuncia a las descripciones morosas de hombres y hechos, atempera el impacto naturalista que en sus narraciones largas llega a resultar abrumador para los lectores de nuestro tiempo. En sus cortas estampas de narrador *profesional*, el escritor uruguayo consigue la necesaria síntesis y adapta su habilidad de relatista a las pocas páginas que le permiten las publicaciones periódicas de la época. No llega a desprenderse del todo de la visión naturalista, pero la hace más verosímil. De ahí que, si bien hay que reconocer la mayor calidad literaria de los cuentos largos de la primera etapa, los breves esbozos de la segunda tengan más posibilidades de perdurar, debido a su autenticidad despojada de anteojeras de escuela, a la falta de fórmulas ortodoxas. Porque, si bien es evidente que el naturalismo cumplió en nuestra América una función denunciadora de lacras sociales, sus máximos exponentes —entre los que se cuenta, precisamente, el primer Viana— exageraron la nota, confundiendo lo real con lo verosímil, como ocurre siempre que se aplican fórmulas importadas, sin que medie el a veces largo proceso de asimilación. El actual reconocimiento y la valoración de la narrativa latinoamericana en el mundo entero muestra cómo, al fin, después de recibir tantas corrientes e influencias, el escritor de nuestro Continente ha madurado, dando frutos propios en lugar de flores artificiales.

Cabe el reconocimiento de los valores del pasado —ese es el principal mérito de la antología realizada por Arturo Sergio Visca—, pero debe al mismo tiempo justipreciárselos en su justa medida. No hacerlo así podría llevarnos a una tergiversación de la realidad literaria latinoamericana.

Edgardo A. Pesante

Idiotas primero, por BERNARD MALAMUD. Barcelona, Seix Barral, Biblioteca Formentor, 1969. 185 p.

Hace unos diez años, en un ameno ensayo sobre el cuento, W. Somerset Maughan señalaba la capital importancia del cuento norteamericano. Desde Poe y sus contemporáneos, Irving y Hawthorne, a principios del siglo XIX, hasta nuestros días, la literatura estadounidense ha contado con extraordinarios valores en la narrativa breve. Sus aportes al género, tanto teóricos como prácticos, se colocan en uno de los primeros puestos. El cuento literario es en los Estados Unidos una verdadera institución. Es cierto que se ha llegado a industrializarlo —el consumo de este tipo de material por parte de las publicaciones periódicas ha dado lugar a ello, debido a su gran voracidad y a la buena cotización que se hace de los buenos narradores—, pero la cantidad y calidad de autores que superan tal situación o la sobrellevan dignamente es realmente asombrosa.

Bernard Malamud, hijo de emigrantes rusos de raza judía, nacido en Brooklyn, Nueva York, en 1914, es un buen ejemplo de lo antes expresado, e "*Idiotas primero*" un libro de muy buen nivel, con altibajos propios de toda colección —son diez cuentos y una "escena de una obra".

De los cuentos reunidos en el libro, de asunto dispar pero temática unitaria, varios podrían integrar una antología representativa de la narrativa del país del Norte correspondiente a la generación que comienza a publicar durante la guerra mundial 1939/1945. El tema de Malamud en estos cuentos es la incomunicación —y también en la excelente escena teatral que incluye el libro—. Su visión de la vida y los hombres es profundamente humana. Hay realismo en sus cuentos, pero también fantasía, y el humor judío, esa sonrisa del hombre apaleado que se resigna cuando no le queda otro remedio, asoma en los mejores trabajos que integran la colección.

"*Idiotas primero*", que da título al volumen, es la historia de un viejo que se siente morir y desea dejar a buen recaudo a su hijo idiota. El drama es hondo, pero no dejan de asomar el amor y la fantasía.

Otros trabajos de gran valor del libro son "*El negro es mi color favorito*", la historia de un judío pobre siempre rechazado por los negros, hasta por la mujer con la cual quiere casarse, tremendo drama de incompreensión racial; "*Me vais a matar*", donde un sastre judío, enfermo, muere de un síncope ante las continuas peleas de sus dos empleados, un polaco y un italiano, los tres hombres náufragos en el mar anónimo de la gran ciudad; "*El pájaro judío*", cuento en el que,

entre realismo y fantasía, se fustiga el tremendo egoísmo que ni siquiera vence el hecho de pertenecer a la misma raza; "El costo de la vida", que narra la desventura de un almacenero al que le instalan un supermercado junto a su negocio, provocando su quiebra; "Elegir una profesión", donde se historia el encuentro de dos seres muy distintos, una mujer que quiere rehacer su vida y un hombre pusilánime que no la comprende y se asusta de la sinceridad y lealtad de la muchacha tanto que hasta llega a perjudicarla con su incomprensión y egoísmo. Hay otros cuentos de interesante trama y jerarquía literaria, y también algunos —en especial de ambiente italiano, tan caro a los narradores estadounidenses— que no alcanzan el buen nivel de los citados.

Es que resulta difícil mantener una línea de idéntica calidad en una serie de cuentos, sobre todo cuando los asuntos son dispares, aunque se mantenga fidelidad a una temática. Con todo, la lectura de pocos párrafos de cualquiera de los trabajos de Malamud reunidos en "Idiotas primero" pone en evidencia a un verdadero escritor, que tiene algo que decir y sabe decirlo, que ha sabido amalgamar los más positivos valores espirituales de la raza judía a una tradición literaria, expresándose a través de un género exigente, que no admite mediocridades.

Edgardo A. Pesante

Últimos rumbos del cuento español, por EDUARDO TIJERAS.
Buenos Aires, Columba, 1969. 320 p.

Para Eduardo Tijeras (andaluz, nacido en 1931), autor de la introducción y antólogo de la excelente muestra de cuentistas españoles que, con el título de *últimos rumbos del cuento español*, ha incorporado a su serie *Nuevos Esquemas* la Editorial Columba, el cuento sigue siendo un hermano menor de la novela. Lo errado de tal afirmación no invalida, sin embargo, la calidad informativa del estudio del Sr. Tijeras, que ocupa la tercera parte del volumen. Después de la aparición de cultores tan eminentes como Guy de Maupassant, Antonio Chejov, Rudyard Kipling en las postrimerías del siglo XIX, el cuento ha dejado de ser un hermano menor de la novela. Por otra parte, los géneros menores no existen. Es cierto, sí, que el cuento —al igual que la poesía— debe soportar los primeros pasos de quienes se sienten atraídos por la literatura. Su escaso volumen físico lo hace más asequible a los autores que realizan sus primeras armas. Para atreverse con la novela, el ensayo extenso, el drama, hace falta mucho más coraje y experiencia.

El estudio preliminar de Eduardo Tijeras, a pesar de que la antología incluye escritores nacidos desde 1925 en adelante, se ocupa de la cuentística española a partir de 1910. No faltan en esta introducción algunos rasgos de humor, como esta afirmación: "No se puede decir que el libro de cuentos sea un hueso duro de pelar. En realidad es un saco de huesecillos" (p. 44). O este otro: "Descubrimiento alarmante: según lo que llevo escrito y lo que falta por escribir, a cada autor le corresponde 6,24 renglones, según previsiones de extensión. Irónico y real. Habrá que confiar en la benevolencia de todos" (p. 46). También es digna de tenerse en cuenta una afirmación de Sánchez Silva, el autor de *Marcelino, pan y vino*, que mereció los honores del cine: "En la novela no puede faltar nada; en el cuento no puede sobrar nada".

El mayor mérito de Tijeras lo encontramos en la selección de las veinte narraciones breves, a través de las que nos ofrece un panorama realmente notable de cuentistas que dominan el oficio de narrar, premisa tantas veces desechada por escritores que sólo piensan en el mensaje, olvidando que para la efectividad y la comprensión de las ideas es preciso contar a priori con la necesaria habilidad de transmisión, sin la cual no se pasa del balbuceo o el tartamudeo.

Al parecer, los cuentistas españoles tienen a su favor la facilidad de publicar, ya sea en diarios y revistas como por medio del libro, lo que les permite y los obliga a adquirir un grado de eficiencia profesional que beneficia a la rica tradición narrativa que tiene en *El Conde Lucanor* y el Infante Juan Manuel, su primera gran expresión de madurez. Aún la técnica experimental de los dos cuentistas más jóvenes del conjunto —Pedro Crespo (n. 1941) y Javier del Amo (n. 1944)— brinda logros dignos del lector exigente. Se advierte en todos los autores antologados una responsabilidad que habla muy en favor de una literatura que si bien no ocupa actualmente los primeros planos de la atención mundial, debe defender y sostener un pasado glorioso. No es posible olvidar que *El Quijote* es, aparte de un monumento literario de Occidente, prosa narrativa.

Resulta imposible, por razones de espacio, hacer referencia siquiera breve, a los trabajos que forman la parte antológica del libro que comentamos. No obstante, a riesgo de ser injustos, debemos señalar los poco comunes méritos de trabajos como *Ojos inquietos*, de Medardo Fraile, buceo psicológico, pleno de acción, de una mujer insatisfecha; *El niño y el toro*, de Josefina Rodríguez, el torero visto desde afuera, y *Los toros del puerto*, de Fernando Quiñones, el torero visto desde adentro; *Bernardino*, de Ana María Matute, un estudio de la crueldad infantil; *Cuarenta pesos*, de José Antonio Mases, un valenciano que

vivió entre los seis y los treinta y un años en Cuba, y que por ello puede escribir un magnífico relato sobre el estado de ánimo del pueblo cubano en tiempo de las guerrillas de Sierra Maestra, que contrasta, ciertamente, con *La diablo muerte*, de Enrique Ruiz García, escrito por un hombre que estuvo de paso en Méjico y varias décadas después de la Revolución Mejicana sobre la que intenta un relato que falla por la base; *Frío de hogar*, excelente cuadro de la vulgaridad cotidiana, las diferencias generacionales y un destino cruel, que pertenece al gallego Ramón Nieto; *El perro*, de Félix Grande, de un melodramatismo que salva la depurada técnica narrativa del autor, a pesar de cierta verborragia.

Concluyendo, un muy buen conjunto de cuentos, debido a las dos últimas generaciones españolas y a un antólogo que merece —en ese carácter— nuestra gratitud.

Edgardo A. Pesante